

EMOCIONES Y CREENCIAS. MÁS ALLÁ DEL COMPONENTE LÓGICO DEL PENSAMIENTO RACIONAL

EMOTIONS AND BELIEFS: BEYOND THE LOGICAL COMPONENT OF RATIONAL THOUGHT

CRISTHIAN ALMONACID-DÍAZ

Universidad Católica del Maule

calmonacid@ucm.cl

<https://orcid.org/0000-0001-9428-9623>

*Artículo recibido el 20 de abril de 2025;
aceptado el 26 de enero de 2026.*

Cómo citar este artículo:

Almonacid Díaz, C. (2026). Emociones y creencias. Más allá del componente lógico del pensamiento racional. *Revista Palabra y Razón*, 28, pp. 61-75. <https://doi.org/10.29035/pyr.28.61>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

RESUMEN

Este artículo busca hacer dialogar diferentes puntos de vista, en especial de las ciencias cognitivas y la filosofía, en torno a la relación de las emociones con las creencias. La idea fundamental que se espera desarrollar en este trabajo es que las creencias unidas a las emociones revelan una comprensión de la capacidad racional que no se define únicamente por pensamientos lógicos, sino también se deja permear por creencias que suelen definir la actitud emotiva con la que se aprehende el mundo.

Palabras claves: Emoción – creencia – ciencias cognitivas – filosofía

ABSTRACT

This article aims to foster a dialogue between various perspectives—particularly those of cognitive science and philosophy—concerning the relationship between emotions and beliefs. The central thesis to be developed is that beliefs, when integrated with emotions, reveal a conception of rational capacity that is not defined solely by logical reasoning, but is also permeated by beliefs that often shape the emotional disposition through which the world is apprehended.

Keywords: Emotions – beliefs – cognitive science – philosophy

1. Introducción

La razón lógica cuando se confronta con las emociones parece terminar dando la espalda a estos fenómenos, pues inevitablemente el fenómeno afectivo se le escabulle de las manos cuando se trata de dar cuenta lógica de su contenido y sus manifestaciones, pues cuando la razón no alcanza a aprehender las emociones surgen muchas más interrogantes que certezas. ¿Por qué el fenómeno afectivo se escabulle? ¿Por qué existe tanto desacuerdo entre los especialistas sobre las definiciones de las emociones? ¿Por qué los implicados y afectados por las emociones, no siempre pueden dar cuenta cabal de lo que sucede cuando se experimenta emociones? ¿Por qué las emociones se presentan dispares a la razón lógica?

Uno de los puntos de partida del resurgimiento de las emociones como tema de estudio tiene que ver con los descubrimientos de la neurociencia (Damasio, 2010a; 2010b). Estos nuevos saberes han llevado a concluir que las emociones son un componente fundamental del funcionamiento del cerebro. Es decir, estas nuevas ciencias que estudian el cerebro han aportado una nueva relevancia al considerar que las emociones tienen su origen en un proceso biológico cerebral. Ahora bien, que las emociones tengan un sustrato material cerebral no es igual a que el problema quede resuelto allí. Para las neurociencias es preciso llevar a cabo el estudio del cerebro, dilucidando cómo las funciones cognitivas emergen como elementos indispensables para la comprensión del funcionamiento del cerebro. Las emociones, en este sentido, no son únicamente un proceso físico químico, pues también incluyen representaciones e imágenes no materiales que constituyen una condición esencial del cerebro humano. Como lo expresa Antonio Damasio (2015):

El cerebro humano puede tener muchos pasos intermedios en los circuitos que median entre el estímulo y la respuesta, y seguir careciendo de mente, sino cumple una condición esencial: la capacidad de representar internamente imágenes y de ordenar dichas imágenes en un proceso denominado pensamiento. [...] Mi idea, pues, es que poseer una mente significa que un organismo forma representaciones neurales que pueden convertirse en imágenes, ser manipuladas en un proceso denominado pensamiento, y eventualmente influir en el comportamiento al ayudar a predecir el futuro, planificar en consecuencia y elegir la siguiente acción. (pp. 138-139)

Por otro lado, las emociones no solamente son procesos íntimos para el individuo. Las emociones poseen una relevancia relacional con el medio y predisponen al sujeto para entrar en correlación con su medio y con otros sujetos (Damasio, 2018). De modo que las emociones remiten

permanentemente a un mundo externo de referencia y el mundo social compartido con otros sujetos.

En este trabajo queremos atender esta capacidad del sujeto de representar mediante imágenes la relación que posee consigo mismo y con el mundo que lo circunda. Trataremos de mostrar los caminos no siempre fáciles que emergen cuando prestamos atención a nuestro modo emotivo de hacernos presente la realidad, constituyendo una parte relevante de nuestro pensamiento.

2. Teoría de los marcos mentales: el pensamiento también es simbólico y metafórico

El lingüista cognitivo George Lakoff en su libro *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político* (2007) analiza las razones que explican que los Republicanos en EE.UU. ganen regularmente las elecciones frente a los Demócratas, de línea más progresista. La interesante conclusión de Lakoff es que los Republicanos han sabido generar métodos comunicativos estudiados e intencionados en sus discursos políticos para poder conectar con determinados *marcos* incrustados en las sinapsis neuronales de los votantes. Estos marcos, según Lakoff, son construcciones conceptuales que no siguen fielmente la estructura de un razonamiento lógico, pues incluyen valores, principios, emociones, cosmovisiones y metáforas a partir de los cuales las personas generan identidades, motivan y configuran sus decisiones y elecciones políticas. Para demostrarlo, Lakoff desarrolla las dos grandes metáforas que modelan las dos grandes visiones que los ciudadanos estadounidenses poseen respecto a su nación: *el padre estricto* y *el padre protector*. Como conclusión, los Republicanos han sabido comunicarse atendiendo a la metáfora del padre estricto que los representa y eso les ha permitido convencer a los votantes que se identifican y comparten esta metáfora. Lo relevante en este punto es que dichas metáforas expresan la estructura de la idea *familia* como paradigma y centro de la actividad política. Es decir, Lakoff desplaza el valor de las metáforas abandonando su significado exclusivamente retórico y poético, para afirmar que las metáforas se convierten en una estructura fundamental en la toma de decisiones de los ciudadanos a la hora de votar por sus representantes (Lakoff, 1995). Esta explicación de Lakoff le permite fundamentar y desarrollar lo que él denomina: *teoría de los marcos mentales*. Su idea fundamental es que las metáforas son un componente cognitivo y antecedente ineludible para explicar la acción y el comportamiento dentro de la dimensión moral y política (Lakoff, 2002). En este sentido, el pensamiento estrictamente lógico queda al menos tambaleante, porque al afirmar la relevancia de las metáforas ya no se puede sostener con certeza que, si contamos a la gente los hechos, siendo básicamente racionales, todos sacarán las mismas

conclusiones. Gracias a la lingüística cognitiva de Lakoff se puede afirmar que las personas no piensan siempre siguiendo estructuras de pensamiento lógico, fundado en la evidencia. Esto significa que los hechos se aceptan en la medida que encajan dentro de los marcos mentales incrustados en las sinapsis neuronales. Los simples hechos no cambian marcos, sino que los hechos se analizan e interpretan a partir de las metáforas, las emociones y las cosmovisiones que constituyen el marco mental que regula el comportamiento (Lakoff, 2007, p. 39).

La racionalidad lógica, entonces, no es la única y exclusiva forma con la que los sujetos aprehenden la realidad. El mundo y su complejidad, sus causas y sus efectos distan suficientemente de pretensiones de total aprehensión lógicamente estructurada. En este sentido, no existe evidencia cabal que entre el sujeto y los hechos de realidad exista algo así como una completa y exacta relación de evidencia a toda prueba. Cabe pensar que esta relación sujeto-objeto no es directa, sino más bien mediatizada por componentes relevantes del pensamiento como son el símbolo y la metáfora, que justamente no se rigen por un pensamiento claro y distinto. Usamos aquí las expresiones símbolo y metáfora no sólo en su acepción literaria, sino que apostamos por comprenderlas como modos de pensamiento a partir de los cuáles entramos en relación con nuestro medio en la vida cotidiana (Lakoff, 1998). En este sentido, el símbolo y la metáfora se constituyen en medios fundamentales a partir de los cuales interpretamos la realidad, en la medida que, sin ser la realidad, la evocan y sin reemplazar la realidad, permiten aprehenderla mediante representación.

El símbolo y la metáfora son componentes que nos exigen prestar atención a nuestras capacidades intuitivas y arriesgarnos a enfrentar modos de pensamiento que ya no se basan en el principio de la demostración, como muchas veces pretendemos que nuestro pensamiento funcione. Como nuestra condición de existencia requiere ser representada mediante imágenes, de una u otra manera, las metáforas y los símbolos siempre mediatizan la relación del sujeto con su realidad, sea en las motivaciones, sea en el sistema de imágenes que elaboramos de la realidad o sea en nuestra manera de comprender nuestras relaciones sociales. Nuestro vínculo con lo que llamamos *mundo* no puede ser de otra manera que siempre representada, pues «las llamadas causas reales nunca se manifiestan como tales en la existencia humana, sino que siempre lo hacen de un modo simbólico» (Ricoeur, 1994, p. 179).

Tan relevante es en nuestro pensamiento la estructura de representación simbólica que toda la actividad cultural y lingüística se ve atravesada por esta capacidad de representar. Por ende, no se puede reducir sin más la

adaptación a nuestro medio dando gracias exclusivamente al carácter racional lógico de nuestro cerebro, pues esta adaptación ha sido un logro de nuestra capacidad de constituir cultura mediante nuestra manera de representar lo que somos y el mundo en que vivimos (Conill, 1991, p. 207-208).

Dentro de estas estructura simbólica y metafórica del pensamiento, cuentan como relevantes las emociones unidas a las creencias. Tan vinculadas están las emociones a nuestra capacidad de representar que algunos autores no dudan en explicar el fenómeno de las emociones mediante su relación con las creencias. Creencias y emociones unidas, constituyen otra de las formas de representación relevante dentro del pensamiento.

3. Las creencias y su relación con las emociones

Jon Elster (2002) al momento de estudiar las emociones y su relación con la racionalidad presta una atención considerable al modo como las relaciones se fundan en las creencias, pues para este autor uno de los antecedentes cognitivos claves vinculados con las emociones lo constituyen las creencias. La misma relación realiza Martha Nussbaum (2008) cuando argumenta que la cognición es parte esencial de la emoción, expresando que, junto a la intencionalidad y la evaluación, las creencias y las percepciones desempeñan un papel importantísimo en las emociones. Nussbaum afirma además que esta hipótesis se confirma en la historia de la filosofía. Filósofos como Aristóteles, Cicerón, Séneca, Espinoza, Smith e incluso Descartes y Hume, coinciden al conectar las emociones con las creencias (Nussbaum, 2008, pp.56-57).

Veamos si esta estrecha relación creencia y emoción podemos graficarla en un ejemplo: pensemos en el miedo que sentimos al transitar por alguna calle silenciosa, oscura, precisamente en el barrio estigmatizado por la pobreza y la delincuencia. Ese miedo adquiere su forma, se materializa, por decirlo de algún modo, sobre la base de la creencia que ese espacio es amenazante. Esa creencia se ha alimentado por las advertencias nutridas por los imaginarios que se inculcaron desde la infancia sobre el peligro de transitar por espacios públicos con esas características. No existe certeza que aminore el sentimiento de miedo que brota cuando confluyen todos los símbolos de inseguridad. ¿Eso quiere decir que las personas que viven allí no pueden transitar en su propio espacio? Parece que no. Evidentemente, pueden transitar sin ese mismo temor. ¿Por qué? Porque sus creencias respecto a ese espacio poseen formas simbólicas diferentes: allí está la escuela donde estudió, en aquella plaza compartió los mejores momentos de alegría adolescente, en aquel negocio disfrutó como niño de los dulces que le compró su abuelo. En este último caso, la amenaza no existe, pues

la creencia más bien funda el sentido de hogar. No es el miedo el que se materializa en este último caso, sino la estima por el lugar que lo vio nacer y crecer.

Nos advierte Elster que muchas veces se dice que las emociones son provocadas por hechos o estados reales de cosas y, sin embargo, esta expresión no dice toda la verdad sobre el asunto. Si bien suele decirse que «los agentes racionales escogen el mejor elemento del conjunto de elementos posibles» (Elster, 2002, p.303), en realidad en cualquier elección los agentes racionales escogen aquel elemento que *creen* es el mejor. Emerge desde esta aclaración el correlato entre las emociones y las creencias en palabras de Elster (2002):

En el caso de las emociones, el enunciado apropiado es el que las emociones son provocadas por *creencias* acerca de hechos o de estados. En ambos casos, podemos recurrir (como ya he estado haciendo) a una forma de expresarlo más cómoda e inocua, diciendo que las acciones o las emociones son inducidas por hechos o estados, sin añadir a cada paso que el efecto es mediado por las creencias. (p. 303).

La relación entre las emociones y las creencias es tan estrecha, que múltiples ejemplos nos ayudan a descubrir cómo las emociones se correlacionen con las creencias, ya sea provocando emociones negativas cuando las creencias se quiebran o emociones positivas cuando las creencias se refuerzan. Veamos algunos ejemplos: creemos que una madre no abandona a un hijo, sin embargo, hay madres que no sólo los abandonan, sino que además los asesinan con sus propias manos. Ante estos hechos nuestra creencia se rompe y la compasión y la congoja se vuelven inevitables. Creemos que estamos seguros en tierra firme, pero ante un terremoto emerge el horror con vehemencia. Un deportista cree que sus capacidades y constancia le llevarán a ganar una gran competencia olímpica y cuando esa creencia se confirma, alegre y satisfecho recibe su medalla de oro.

Entonces surge la pregunta ante estos ejemplos: ¿las emociones se pueden elegir, dado que podríamos ser capaces de elegir el modo de percibir la realidad a la que nos enfrentamos? Es decir, si tenemos en consideración el ejercicio de valoración que las teorías cognitivas de las emociones defienden, cabe la posibilidad de que las emociones que suscitan la evaluación valorativa no sean aleatorias. La valoración correcta de la realidad nos permite anticipar la emoción y por lo mismo, decidirla. Si las emociones nos permiten evaluar la realidad podemos disponer entonces de la elección para decidir qué emociones son las adecuadas para las circunstancias adecuadas. O podríamos afirmar que las personas que se

sienten responsables de sus emociones no adecuadas, intentan racionalizar opciones de reacción diferente.

Jon Elster no piensa de esta manera. Dado que las creencias fundan emociones y las creencias no se pueden decidir, por correlación, las emociones tampoco se pueden elegir: «Yo emplearía la conexión creencia-emoción para argumentar la conclusión diametralmente opuesta: precisamente debido a que las personas no pueden ‘tomar la decisión de creer’, no pueden decidir qué emociones tener» (2002, p. 372).

Si bien las emociones tienen un componente cognitivo, esta cognición incluye metáforas, símbolos y creencias. Estas últimas se conectan de manera privilegiada con las emociones. De modo que muchas emociones no las podemos más que padecer, porque las creencias poseen una originaria constitución no elegida, fundada en nuestra manera representacional de relacionarnos con el mundo. Por este motivo, solemos experimentar las emociones como si nos ocurrieran y no como si las escogiéramos. Parece que estamos ante un dilema entre emociones basadas en cogniciones y emociones basadas en creencias. Sin embargo, pensamos que una cosa es hacer consciente una emoción que nos permite gestionarla una vez que ocurre y otra cosa diferente es el disparo propiamente dicho de una emoción que emerge sin nuestra mediación libre. No podemos elegir cuándo tener una emoción determinada, precisamente porque no podemos tomar la decisión de creer.

Si nos ubicamos en este último lado del asunto, es decir, del lado de las emociones que nos ocurren porque están ligadas a las creencias, se vuelve imperioso intentar aclarar qué es aquello que denominamos creencia y si se distingue de aquello que denominamos ideas para el pensamiento. Quisiéramos en este punto recurrir a la filosofía de Ortega y Gasset.

4. Ideas que tenemos, creencias en las que somos

El mayor orgullo de la cultura moderna es haber construido su pensamiento sobre la base de ideas producidas vía comprobación empírica. Las certezas comprobadas suelen considerarse como los mayores logros de la inteligencia humana. El progreso humano ha sido posibilitado en gran parte por la elaboración inteligente y concienzuda de edificios conceptuales seguros y descubrimientos científicos comprobados vía replicación de la evidencia.

En *Ideas y Creencias*, Ortega y Gasset (2007) fija su atención en este tipo de ideas. Allí expresa que estas ideas, independientes e indiferentes a su grado de verdad, se distinguen finalmente porque se tratan de ocurrencias

que en una persona surgen, sean suyas o adquiridas mediante aprendizaje próximo, sean producidas por conocimiento científico o producidas por un pensamiento vulgar (2007, p.24). Las ideas así reconocidas son nuestra construcción y obra propia que se constituye en un modo de pensamiento válido y relevante, pero no el único modo de pensamiento posible. Para Ortega, a la idea como producto, le subyace otro tipo de idea que no producimos nosotros y, sin embargo, son tanto o más relevantes: las creencias.

Antes de las ideas que puede elaborar, el sujeto tiene una preexistencia en la que se encuentra inmerso, una existencia que se funda en las creencias que lo configuran bajo la forma de determinadas interpretaciones que realiza respecto de sí mismo y el mundo:

Vivir es tener que habérselas con algo –con el mundo y consigo mismo. Más ese mundo y ese “sí mismo” con que el hombre se encuentra le aparecen ya bajo la especie de una interpretación, de “ideas” sobre el mundo y sí mismo.

Aquí topamos con otro estrato de ideas que un hombre tiene. Pero ¡cuán diferente de todas aquellas que se le ocurren o que adopta! Esas “ideas” básicas que llamo “creencias” –ya se verá por qué– no surgen en tal día o tal hora *dentro* de nuestra vida, no arribamos a ellas por un acto particular de pensar, no son, en suma, pensamientos que tenemos, no son ocurrencias ni siquiera de aquella especie más elevada por su perfección lógica y que denominamos razonamientos. Todo lo contrario: esas ideas que son, de verdad, “creencias” constituyen el continente de nuestra vida y, por ello, no tienen el carácter de contenidos particulares dentro de ésta. Cabe decir que no son ideas que tenemos, sino ideas que somos. (Ortega y Gasset, 2007, p.24)

Como se ve, para Ortega las creencias adquieren un papel muy diferente dentro del pensamiento y más, dentro de la vida. De las ideas que son producto-ocurrencia estamos permanentemente dando razones, argumentando sus pros y sus contras. En cambio, respecto a las ideas que son creencias no tenemos que argumentar ni defenderlas ante nadie, sólo *estamos, somos* en ellas, pues las creencias ya están operando cuando nos esforzamos para producir alguna idea cuando nos abocamos por algún logro intelectual. No es lo mismo pensar una cosa, que contar con ella, nos advertirá Ortega (2007, p. 26).

Por otro lado, la fuerza de realidad que se incuba en las creencias, es mucho mayor que la fuerza de realidad que las ideas ofrecen. Nuestras ideas pueden cambiar ante la evidencia, mientras que las creencias se resisten a las

evidencias. Y esto sucede porque, según Ortega, las creencias constituyen la vida real, mientras que las ideas juntas resultan ser la vida intelectual. Dicha vida intelectual puede parecer fuerte, basada en hechos comprobados, sin embargo, jamás constituirá la vida hecha experiencia (2007, p. 30). La realidad es más bien lo que creemos y no las ideas que desarrollamos sobre la realidad. Las ideas son tales mientras se piensan, pero una vez que dejamos de repasarlas en el pensamiento podemos desconectarnos de ellas. En cambio, como las creencias constituyen la realidad vital y al no depender de nuestro ejercicio intelectual productivo, no podemos pausar ni desconectar creencias, «porque realidad plena y auténtica no nos es sino aquello en que creemos» (Ortega, 2007, p. 43). Tal vez esta vinculación tan vigorosa que tenemos con las creencias se explique por un argumento que ya hemos sugerido: que nuestro acceso a la realidad es siempre mediante una representación, esto es, mediante un ejercicio de imaginación creativa, al fin y al cabo. Y, por ende, lo que las ciencias realizan no dista mucho de lo que la poesía realiza, pues ambas actividades no hacen sino representar la realidad de algún modo, desde su particular modo en cada caso.

Se puede objetar que las ciencias no funcionan así, pues mediante los más rigurosos métodos de observación y medición de hechos se da cuenta de lo que la realidad es, en forma certera y directa. A dicha objeción Ortega (2007) contesta:

El hecho de que las ideas científicas tengan respecto a la realidad compromisos distintos de los que aceptan las ideas poéticas y que su relación con las cosas sea más prieta y más *seria*, no debe estorbarnos para reconocer que ellas, las ideas, no son sino fantasías, pese a su seriedad. (p. 50)

Pues ningún científico en su correcto juicio podría afirmar: “esto que he descubierto mediante mis instrumentos y la teoría que he construido a partir de estos datos que he obtenido *es la realidad*”. Un físico serio sabe que sus ideas son sólo eso, ideas, «sabe muy bien que *lo que dice su teoría no lo hay* en la realidad.» (Ortega, 2007, p. 49).

Teniendo en cuenta esta distinción orteguiana entre ideas y creencias, cabe volver a nuestro tema de las emociones: ¿En qué sentido podemos decir que las emociones se conectan con las creencias que somos? Como hemos visto, lo que nos sugiere Ortega es que la diferencia entre una idea y una creencia, no está dado tanto por su contenido proposicional, sino que depende del papel y arraigo que poseen en la vida del sujeto que las piensa. Esto es, la radical diferencia entre uno y otro tipo de pensamiento se produce en relación al sujeto y depende del significado que suscite, es decir, depende

del vínculo significativo entre pensamiento y la vida. Lo que nos permite proponer que desde las ideas no brotan emociones, porque la afección significativa es menor para el sujeto que posee una idea. Mientras que desde las creencias sí brotan emociones, porque esas creencias detentan una radicalidad significativa para el sujeto en la medida que permiten vínculos de relación con el medio.

Veamos si podemos mostrar este asunto con dos ejemplos. Detengámonos a pensar un momento en la relación que tiene un astrónomo respecto a la luna. Cada observación que el científico realiza de la luna poco a poco va llenando su base de datos. Al parecer, su ejercicio investigador no posee ninguna conexión emocional, pues se encuentra metódicamente comprometido con su afán científico. Podría suceder que el científico y la comunidad científica a la que pertenece, tuvieran la idea de que ya está todo dicho con respecto al satélite terrestre, sin embargo, algo en el fondo de aquel científico lo dispone a *creer* que puede un día descubrir una novedad que nadie ha visto antes. Así, firme en su creencia, se afana día a día para continuar hasta que aparece ante él ese nuevo descubrimiento. Y ahora sucede que el metódico y sereno ejercicio científico, se rompe por la alegría que inunda su existencia personal y profesional: al fin podrá demostrar su valía científica en una importante revista internacional. Como se ve, no es tanto la nueva idea producida por la constancia del astrónomo lo que provoca su emoción, sino el significado que esa idea encierra: la confirmación que la creencia que sostenía todo su empeño era cierta.

Comentemos un segundo ejemplo: podemos tener la idea natural que después de muchos años cualquier organismo desgastado naturalmente fenezca. Es tan lógico que ni siquiera necesitamos pruebas científicas, pues sabemos que no tiene sentido buscar demostrarlo. Lo lógico sería que esta idea tan cierta nos debiera preparar para cuando, por ejemplo, nuestros abuelos fallezcan. Sin embargo, la creencia que *los abuelos tan queridos no morirán* permanece intacta en algún lugar recóndito de nuestro ser, contradiciendo a su manera, los datos y la idea lógica. A pesar de dicha creencia, la idea científico-biológica se abre paso y el día terrible llega, la muerte sucede y la tristeza emerge sin miramientos.

Creer en algo, significa creer que es realidad y no una mera idea. Lo que sugerimos aquí, es que las emociones surgen de esta relación significativa con la realidad y con el mundo, vía interpretación. Esta interpretación se materializa mediante creencias que, si se rompen, cambian o se reafirman, disparan emociones.

Las emociones, por tanto, refieren a significados y no tanto a los hechos como tales, desnudos de significación. Y eso porque, volvemos a insistir, el acceso a la realidad no es directo, ni exacto, sino mediado por interpretación de símbolos y metáforas. Tal vez por eso las emociones se familiarizan con tanta facilidad con el arte, la literatura, la poesía, el teatro, pues todas estas actividades evidencian una relación estrecha y permanente con metáforas, símbolos, creencias. Son experiencias, no totalmente racionales ni totalmente irracionales, significan y no se restringen a constructos lógicos (Tenreiro, 2017). En la significación puede estar la clave para comprender las emociones como parte de nuestra racionalidad. Como sugiere Sartre (1971) en su texto *Bosquejo de una teoría de las emociones*: «Sólo puede comprenderse la emoción, buscando en ella una *significación*. Esta significación es por naturaleza de índole funcional, lo cual nos lleva a hablar de una finalidad de la emoción» (p.63).

Es decir, el principio base de una teoría de la emoción para Sartre es que una emoción remite en primer lugar a lo que significa. Y eso que significa es la totalidad de las relaciones de la realidad humana con el mundo. Sartre, en este sentido, está pensando que las emociones no son en primer lugar un estado de conciencia (como afirmarían las corrientes cognitivas de la emoción), pues, si bien es posible hacer consciente una emoción, eso no significa que allí encontremos su origen. Pues dice Sartre: «La conciencia emocional es ante todo irreflexiva, y en este plano, sólo puede ser conciencia de sí misma en el modo no-posicional. La conciencia emocional es ante todo conciencia *del mundo*» (1971, p.76).

La conciencia del mundo es una percepción, una representación, una señal, es decir, está dirigida a algo según el modo que la emoción aprehende el mundo, no explicándolo, sino significándolo. La realidad por sí misma es plana, está allí como cosa neutra. En una realidad así, las emociones no tendrían ninguna injerencia en las decisiones o en los comportamientos del sujeto. Sin embargo, el sujeto posee emociones porque es capaz de concebir una realidad que no es desnuda, sino saturada de significación.

Se trata de una significación que se hace activa en el sujeto, modificando el mundo que representa a su gusto. La significación es un ejercicio libre, en un juego en el que creemos, como dice el mismo Sartre (1971, p.88). Como cuando alargo la mano para coger un racimo de uva. Estiro la mano y no logro asirlo pues está fuera de mi alcance. Entonces murmuro hacia mí mismo: *esas uvas están demasiados verdes*. Y *voilà*, el mundo ha cambiado, gracias al poder de interpretar el mundo y de representarlo. Esta capacidad me permite hacer una pequeña «comedia que interpreto *bajo* el racimo con el fin de conferir a las uvas, a través de ella, la característica 'demasiado

verdes' que puede servir de sustitutivo a la conducta que no puedo llevar a cabo» (p.88). Entonces, se muestra que la verdadera emoción es un fenómeno de creencia, pues la conciencia no sólo se limita a arrojar significaciones afectivas sobre la realidad, sino que «*vive* en el nuevo mundo que acaba de crear. Lo vive directamente, se interesa por él, padece las cualidades esbozadas por las conductas.» (Sartre, 1971, p.106).

5. Conclusión

Ante esta dimensión creadora e interpretativa que el nudo creencias-emociones facilitan a la conciencia, pensamos que existe un riquísimo campo abierto de investigación. Si la razón no sigue siempre y estrictamente caminos lógicos, es necesario abrir las posibilidades de una racionalidad emotiva que hunde sus raíces en las creencias. Si se logra esa amplitud, entonces las narraciones éticas, los comportamientos y las acciones que responden a las emociones, adquieren una nueva luz cuando intentamos ahondar en su comprensión. Este núcleo nos lleva a afirmar de antemano que, bajo nuestra perspectiva, el mejor método filosófico que podría facilitarnos una comprensión de las emociones en este campo, es la *crítica hermenéutica* (Cortina, 1996), pues las posibilidades que el método crítico hermenéutico nos otorga nos ahorrarían la discusión ya infértil que se entrevé en la oposición razón-emoción. La razón es también emotiva. La razón es tan crítica como hermenéutica, por ello hacemos eco de la observación de Charles Taylor (2005):

La interpretación, en el sentido relevante para la hermenéutica, es un intento de aclarar, comprender un objeto de estudio. Ese objeto, en consecuencia, debe ser un texto o análogo a un texto, que en cierto modo es confuso, incompleto, oscuro, aparentemente contradictorio de una u otra manera, poco claro. La interpretación apunta a sacar a la luz una coherencia o sentido subyacentes. (143-144)

Por otro lado, la pretendida objetividad de los procesos cerebrales no puede agotar la complejidad inherente a las manifestaciones cognitivas y emotivas que se manifiestan en dichos procesos. Si sólo fijamos nuestra atención a los procesos corporales medibles y observables científicamente, no tocamos siquiera el sentido de las emociones en la complejidad de la manifestación humana. Pensamos que es de vital importancia conocer la relación existente entre los procesos corporales y los procesos psíquicos. Se dispone entonces del requerimiento de complementar aquel proceso objetivo de estudio de las emociones con un estudio subjetivo que, desde un campo como la fenomenología se puede enriquecer. Es nuestra convicción que si esclarecemos el fenómeno emotivo tal como este se manifiesta en la

conciencia de sí, es decir, como un yo, podremos cerrar el círculo que las investigaciones en perspectiva científica han abierto. Con esto queremos decir que no podemos limitarnos a una explicación científica, naturalista y mecánica de la emoción. Urge tener en cuenta al sujeto que vive dichos fenómenos en la interioridad de su conciencia y partir del cual cobran sentido sus procesos corporales y emotivos.

6. Bibliografía

Conill, J. (1991). *El enigma del animal fantástico*. Tecnos.

Cortina, A. (1996). Estatuto de la ética aplicada. Hermeneutica crítica de las actividades humanas. *Isegoría*. Nº13, pp. 119-134. <https://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/228>

Damasio, A. (2010a). *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?* Destino.

Damasio, A. (2010b). *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Crítica.

Damasio, A. (2015). *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Destino.

Damasio, A. (2018). *El extraño orden de las cosas. La vida, los sentimientos y la creación de las culturas*. Destino.

Elster, J. (2002). *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*. Paidós.

Lakoff, G. (1995). Metaphor, Morality, and Politics, Or, Why Conservatives Have Left Liberals In the Dust. *Social Research*, vol 62, no. 2, Summer. <https://www.jstor.org/stable/40971091>

Lakoff, G. (2002). *Moral Politics: How Liberals and Conservatives Think*. The University Chicago Press.

Lakoff, G. (2007). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Editorial Complutense.

Lakoff, G., Johnson, M. (1998). *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra.

Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del Pensamiento: la inteligencia de las emociones*. Paidós.

Ortega y Gasset, J. (2007). *Ideas y Creencias (Y otros ensayos de Filosofía)*.
Revista de Occidente, Alianza Editorial.

Ricoeur, P. (1994). *Ideología y Utopía*. Gedisa.

Sartre, J.P. (1971). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Alianza Editorial.

Taylor, Ch. (2005). *La libertad de los modernos*. Amorrortu.

Tenreiro, V. (2017). *Creer en el otro: la motivación moral a partir de Kant y
Lévinas*. Ápeiron Ediciones.